

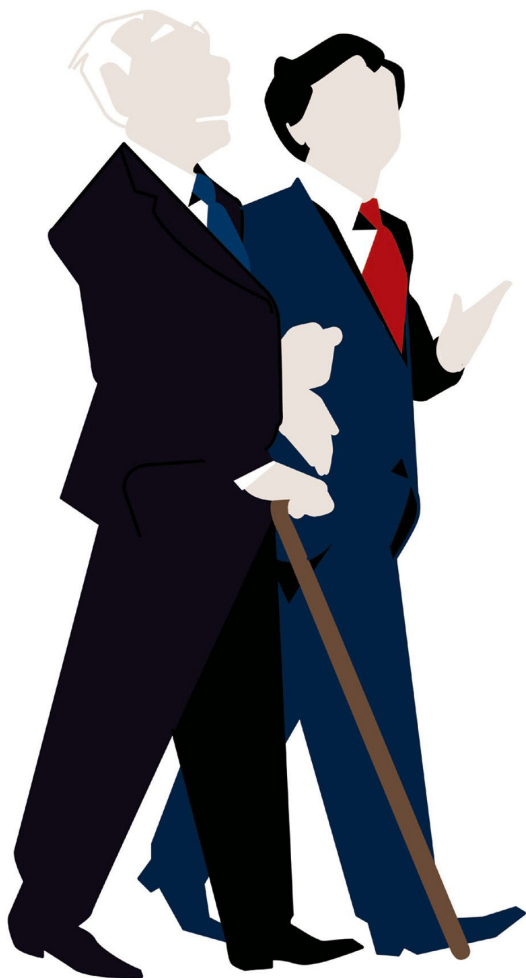


Seix Barral

Jorge Luis Borges Oswaldo Ferrari

Los diálogos

Edición definitiva





Seix Barral

Jorge Luis Borges | Osvaldo Ferrari

Los diálogos

Edición definitiva



En diálogo I

1 | La identidad de los argentinos

Osvaldo Ferrari: *Desde hace tiempo me interesa la idea que usted ha expresado acerca de la posible identidad de los argentinos, porque, según esa idea, la nuestra sería una identidad en pleno desarrollo. Usted ha dicho, Borges, que los argentinos, al tener una historia limitada, y provenir, a la vez, de una historia vasta como la europea, somos una nueva posibilidad de ser. Usted dijo: somos lo que queramos y lo que podamos ser.*

Jorge Luis Borges: Sí, efectivamente, creo que el hecho de ser europeos en el destierro es una ventaja, ya que no estamos atados a ninguna tradición local, particular. Es decir, podemos heredar, heredamos de hecho todo el Occidente, y decir todo el Occidente es decir el Oriente, ya que lo que se llama cultura occidental es, digamos, simplificando las cosas, una mitad Grecia y la otra mitad Israel. Es decir, que somos orientales también, y debemos tratar de ser todo lo que podamos; no estamos atados por una tradición, recibimos esa vasta herencia y tenemos que tratar de enriquecerla y de proseguirla a nuestro modo, naturalmente. En cuanto a mí, yo he tratado de conocer todo lo posible pero, desde luego, ya que el mundo es de hecho infinito, lo que un individuo puede conocer es una partícula. Yo pienso a veces que la literatura es como una biblioteca infinita. “La Biblioteca de Babel” en un cuento mío, y que de esa vasta biblioteca cada individuo sólo puede leer unas páginas: pero quizás en esas páginas esté lo esencial, quizás la literatura esté repitiendo siempre las mismas cosas con una acentuación, con una modulación ligera-

mente distinta. En todo caso, yo pienso que mi deber de escritor no es descubrir temas nuevos ni inventar nada; debo repetir, en el dialecto, bueno, de mi país y de mi época, ciertas poesías que están siendo siempre repetidas, con ligeras variaciones que pueden o no ser preciosas.

—*Ya veo. Ahora, no quiero dejar de preguntarle esto: respecto de usted, Octavio Paz ha dicho que su europeísmo es muy americano, que es una de las maneras que tenemos los hispanoamericanos de ser nosotros mismos, o bien de inventarnos. ¿Qué piensa de esto?*

—Es una frase ingeniosa, ante todo, pero puede ser cierta además, ya que desde luego nuestro destino es más bien nuestro destino futuro que nuestro destino pretérito, sobre todo en este continente. Yo diría lo mismo para los americanos del Norte también; bueno, el hecho es que los idiomas que se hablan y que son tradiciones también, ¿cuáles son?: el castellano, el portugués, el inglés, ciertamente no inventados por los pieles rojas, o por los incas, o por los indios pampas.

—*Naturalmente. Paz agrega que nuestro europeísmo no es un desarraigo ni una vuelta al pasado, sino una tentativa por crear un espacio temporal frente a un espacio sin tiempo, y así, dice él, “encarnar”.*

—Es una hermosa idea y creo que es una idea cierta. Yo lo siento así, es decir, siento que soy un europeo en el destierro, pero que ese destierro me permite ser europeo de un modo más vasto que quienes sólo han nacido en Europa; porque, de hecho, no sé si alguien ha nacido en Europa: más bien la gente nace en Inglaterra, en Italia, en España, en Noruega, en Islandia, pero Europa es un concepto muy vasto. En cambio, nosotros podemos sentir todas esas diversas herencias, podemos olvidarnos de los límites políticos, de las fronteras de un país y otro, y debemos tratar de merecer ese vasto y riquísimo continente que es heredado de algún modo, precisamente porque no hemos nacido en él sino en otro.

—*Fíjese que es, realmente, una posibilidad enriquecedora de ser.*

—Sí, yo creo que sí, y creo que Emerson pensaba del mismo modo; en aquello que escribió en *The American Scholar*, ciertamen-

te no se refiere a los pieles rojas, sino a toda la tradición de lo que se llama el Occidente ahora.

—*Hubo un movimiento literario en América, el Modernismo, que quizás haya sido el primero en que se reconocieron los componentes europeos en nuestra conformación.*

—Bueno, y ese movimiento surge, esto es muy significativo, de este lado del Atlántico, no del otro. Es decir, que Darío, Jaimes Freyre, Lugones, fueron anteriores a los grandes poetas españoles a quienes inspiraron del otro lado del mar. Yo recuerdo una conversación mía con el gran poeta andaluz Juan Ramón Jiménez; él me habló de la emoción que sintió cuando tuvo en sus manos la primera edición de *Las montañas del oro*, de Leopoldo Lugones. Aquello data de 1897, dos años antes de mi nacimiento. Él recibió ese libro... se quedó deslumbrado por ese libro que le llegaba de una ciudad que él conocía apenas de nombre: Buenos Aires; bueno, y ya sabemos lo mucho que se hizo con el modernismo en España, se renovó todo; los temas, la métrica, todo, todo se renovó. Claro que a la sombra de Hugo y de Verlaine. Es raro, los españoles estaban más lejos de Francia que nosotros, por razones históricas —no necesito insistir en ellas—, pero el hecho es que la poesía francesa reciente, la poesía francesa del siglo XIX, les fue revelada por América y, sobre todo, por Rubén Darío.

—*Esa vez, América renovó a Europa.*

—Sí. Yo he conversado cinco o seis veces en mi vida con Leopoldo Lugones, que era un hombre más bien, bueno..., triste, de un diálogo difícil; bueno..., mejor dicho, el diálogo era imposible con él, pero yo recuerdo que cada una de esas veces él desviaba el diálogo para hablar (él conservaba su tonada cordobesa) para hablar de “mi amigo y maestro Rubén Darío”. Claro, Rubén Darío era un hombre muy querido por todos, y Lugones era un hombre admirado, respetado, pero no querido, lo cual tiene que haber sido muy triste para él.

—*Bueno, ahora, en cuanto a usted en relación con todo esto, yo pienso que si bien su memoria y su imaginación trascienden la ar-*

gentina y remontan a diferentes latitudes —la historia, la mitología de otros países y razas—, sin embargo, el estilo con que usted narra en sus cuentos es un estilo particularmente sobrio, propio de las cosas argentinas.

—Sí, yo diría que la diferencia, o una de las diferencias entre el español de España y el español de, digamos, Buenos Aires o Montevideo, es que los españoles tienden a la interjección, a la exclamación. Nosotros, más bien, bueno, hablamos, decimos cosas, en fin, explicamos, pero no estamos afirmando o negando como los españoles suelen hacer. Es una conversación interjectiva la de los españoles. La nuestra no, la nuestra es una conversación, bueno, digamos, en voz más baja, no aumentada.

—*Bioy Casares decía una vez que la sencillez en la manera de hablar de nuestros paisanos, de nuestra gente del campo, a él le había enseñado mucho respecto del idioma. Él había encontrado...*

—Yo no sabía eso pero tiene que ser cierto, sí. Bueno, otra cosa que he observado en el campo, es que el campesino en este país (eso no ocurre, que yo sepa, en muchos otros) es un hombre capaz de ironía, por ejemplo, y no sé si eso se dará en otros países, yo diría que no. Es fácilmente capaz de ironía, y de lo que llaman en inglés el *understatement*, lo contrario, digamos, de la hipérbole española.

—*Lo sobreentendido.*

—Sí, lo sobreentendido.

—*Dentro de esto, me parece importante dilucidar aquí, en la Argentina, esta tendencia hacia lo universal, que yo diría que existe en el espíritu argentino.*

—Bueno, en Buenos Aires es natural que exista, ya que tenemos una mitad de la población italiana y la otra española, y además éste es un país con una gran ventaja, al ser un país de clase media, y ser un país cosmopolita, de hecho.

—*Me interesaría, Borges, que recordara a alguien más que haya integrado ese movimiento tan importante, el Modernismo.*

—Sí, yo recordaría al gran poeta boliviano Ricardo Jaimes Freyre, que fue profesor en Tucumán. Bueno, Jaimes Freyre

ha dejado un poema que no quiere decir absolutamente nada, y que no se propone decir absolutamente nada, que es para mí inolvidable. Puedo reconstruir el primer cuarteto así:

Peregrina paloma imaginaria
que enardeces los últimos amores,
alma de luz, de música y de flores,
peregrina paloma imaginaria.

No quiere decir nada, no sé si sugiere algo, pero me parece perfecto.

—*Me parece lindísimo.*

—Sí, es muy, muy lindo, el mejor poema de él. Y él escribió también una historia de la versificación castellana, citada por Lugones que era amigo suyo, en el prólogo de aquel memorable *Lunario sentimental*, y ahí Ricardo Jaimes Freyre hace notar que el verso octosílabo, tan natural al parecer, vacila y tropieza en los primeros romances, y hace notar cómo aquello fue una novedad casi escandalosa para los literatos españoles; para Cristóbal del Castillejo, por ejemplo. El endecasílabo, sin embargo, ahora parece natural, ahora fluye y todo el mundo oye que fluye. Salvo, tengo la impresión de que estamos perdiendo el oído, que ya no se oye ningún verso, ni siquiera el octosílabo de los alrededores, el de las coplas.

—*Le contesto que sí y no, hay una ligera pérdida de oído, pero no es total.*

—Bueno, es una buena noticia la que usted me da (*ríen ambos*).

—*Tenemos que despedirnos, Borges, hasta la próxima semana.*

—Bueno, pero me agrada que usted me haya dado la ocasión de recordar a Ricardo Jaimes Freyre, tan injustamente olvidado, como usted ha podido comprobar por estos cuatro versos incomparables suyos.

—*Injustamente olvidado.*